

## **ENTIERRO Y FUNERAL DE D. MIGUEL MARTÍNEZ DE LA TORRE**

**Villagarcía de la Vega, 2 de julio de 2016**

Nos ha dejado nuestro querido D. Miguel, después de una breve; pero agresiva enfermedad, que lo iba consumiendo poco a poco. Acompañado siempre por el afecto y cariño de su hermana, sus sobrinos y demás familiares, afrontó los últimos días en el hospital de San Juan de Dios en León donde fue confortado con la Unción del Señor y la Santa eucaristía.

D. Miguel inspiraba ternura y cariño a todo el que se acercaba a él. Sus ojos vivos, su mirada humilde, su complexión menuda facilitaban el acercamiento a su persona afable y al mismo tiempo discreta. Cuando nos encontrábamos le decía bromeando: "Aquí está el santo de D. Miguel". Y me miraba sorprendido, disculpándose por el halago. Siento realmente su muerte porque, a pesar de que nos hemos visto pocas veces, le había tomado afecto.

Nuestro hermano D. Miguel recibió las aguas del bautismo en la pila bautismal de esta parroquia donde hoy será enterrado. Aquí recibió por primera vez el Cuerpo y la Sangre del Señor en el sacramento de la eucaristía. Aquí, el Señor lo llamó para ponerlo al frente de su Pueblo santo y enviarlo a predicar el evangelio. Fue ordenado sacerdote al servicio de nuestra diócesis el día de san Pedro de 1959, por tanto, acababa de cumplir 57 años como sacerdote.

Su primer destino fue la parroquia de El Acebo en la zona del Bierzo donde permaneció ocho años hasta que fue nombrado párroco de las parroquias de Calamocos, Onamio, Paradasolana y Castrillo del Monte a las que se le añadió la parroquia de Castropódame en 1983. Buen pastor, querido por sus feligreses y respetado por sus compañeros, D. Miguel, permaneció al servicio de las parroquias hasta los últimos meses. Deseaba estar a al lado de su pueblo y entregar hasta el último momento de su vida por aquellos que el Señor le había confiado. Hoy los feligreses agradecidos estáis aquí para manifestarle vuestro cariño y despedir por quien os quería de verdad y os entregó lo mejor que él había recibido: la fe en Cristo. Ha sido toda una vida compartida con vosotros y entregada al Señor.

Ahora, esperemos que la semilla de la fe y del amor que Dios, por medio de la palabra y la gracia de los sacramentos que D. Miguel plantó en vuestro corazón, fructifique en vuestras vidas y os transformen en fieles seguidores del Señor. D. Miguel ha pasado ya de este mundo al Padre y está en las manos del Señor. No os olvidará ante el Señor y vosotros -nosotros- tampoco lo olvidemos. Pidamos en nuestra oración por su eterno descanso y por el fruto de tanto bien como sembró con su bondad a lo largo de su vida.

Una de las misiones más importantes del ministerio sacerdotal es la predicación de la Palabra de Dios “a tiempo y a destiempo” como nos dice San Pablo. En el rito de la ordenación de diáconos, el obispo al entregarnos el libro de los evangelios dice estas hermosas palabras: “Recibe el evangelio de Cristo del cual has sido constituido mensajero, convierte en fe viva lo que lees, y lo que has hecho fe viva enséñalo, y cumple lo que has enseñado” En el texto se expresan con claridad lo que es necesario para que la predicación de la Palabra de Dios de fruto.

En primer lugar, los sacerdotes y todo cristiano que tiene la misión de predicar la Palabra de Dios debe ser muy consciente de que es el Señor quien nos constituye en mensajeros de su Palabra. Por tanto, lo que el ministro ordenado predica no es cosa suya sino la Palabra de Dios actualizada en el Magisterio de la Iglesia. Cuando los ministros de la Palabra no tienen claro que la raíz de su predicación no es su pensamiento sino la Palabra de Dios, entonces lo que predicán no es la fe sino una ideología. Esto hace un daño muy grave a la fe y al pueblo porque se predicán a sí mismos y no a Jesús que es el verdadero u único Salvador.

Se dice después que lo que se lee hay que hacerlo fe viva. Esto es también esencial para que la predicación arraigue en la mente y en el corazón de los hombres. El Pueblo de Dios tiene un sentido de fe muy fino y enseguida capta qué sacerdote transmite la fe viva y cuál habla de oídas o de sí mismo.

La Palabra de Dios es una buena noticia. Y una buena noticia no se puede callar ni ocultar. Pide que se divulgue inmediatamente. Por eso dice el obispo: “lo que vives, enséñalo” El sacerdote, el catequista, el padre y la madre de familia, transmiten la fe a los demás en la medida en que enseñan lo que realmente viven. Hoy nos preguntamos por qué es tan difícil la transmisión de la fe a las nuevas generaciones.

Una de las causas es precisamente esta: los que tenemos la responsabilidad de transmitir la fe no enseñamos lo que vivimos porque la fe no es algo central en la vida de muchos bautizados, sino superficial. Queda reducida a unas prácticas rituales cada vez más de tarde en tarde.

Por último se nos dice: “cumple lo que has enseñado”. Se refiere al testimonio coherente que todo fiel cristiano está llamado a dar. Especialmente se nos dice a los sacerdotes quienes, además del bautismo, hemos recibido el sacramento del orden que nos ha configurado con Cristo, el Buen Pastor y Cabeza de la Iglesia. Por tanto, a los sacerdotes se nos exige de un modo especial el cumplimiento de lo que hemos enseñado porque hemos de hacernos “modelo del rebaño” como nos dice el apóstol san Pedro en la primera carta (1Pe 5, 2-3)

Jesús oró al Padre diciendo: “Señor del cielo y de la tierra, te doy gracias porque has ocultado todo esto a los sabios y entendidos y se lo has revelado a los sencillos.” (Mt 11,25) Según esto, Jesús no pide al sacerdote que sea un sabio y entendido ahogado por su soberbia y vanagloria como los escribas y fariseos, sino humilde y sencillo que lea la Palabra, la viva con fe, la predique y corrobore su predicación con una vida sacerdotal coherente.

Nuestro hermano D. Miguel así lo hizo. Con mucha humildad y entrega a Dios, leía la Palabra de Dios y os la predicaba en las homilías, en la catequesis y sobre todo con el ejemplo de un buen sacerdote manso y humilde de corazón como el Señor.

Que la Virgen María, nuestra madre, interceda por nosotros para que, con un corazón sencillo y humilde como el suyo, leamos la Palabra de Dios, la hagamos vida en nuestra vida y demos testimonio de la verdad que Dios nos revela.

+ Juan Antonio, obispo de Astorga